



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA
UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN

Bravo Mercado, M.T. (2020).
Un breve respiro de la naturaleza.
En H. Casanova Cardiel (Coord.), *Educación y pandemia: una
visión académica* (pp. 280-288). Ciudad de México:
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de
Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

Un breve respiro de la naturaleza

Ma. Teresa Bravo Mercado

Con la pandemia del coronavirus nos hemos visto obligados a permanecer en casa por algún tiempo, ya que sólo evitar los espacios públicos podrá ayudar a detener el contagio de este virus, ante la carencia de una vacuna o un tratamiento médico. En este aislamiento social, hemos sido testigos del avistamiento de varios ejemplares de especies salvajes, una vez que los humanos hemos dejado libres las calles, las ciudades y los pueblos. Se han visto lobos, renos, canguros, entre otros animales. El confinamiento humano está convirtiéndose en *un breve respiro para la naturaleza*: el aire luce cada vez más limpio, ha disminuido el ruido, la extracción de recursos naturales se ha visto limitada, se ha reducido la emisión de dióxido de carbono, etcétera. Pero no echemos las campanas al vuelo; para que la naturaleza se pueda restablecer de los impactos negativos de la actividad humana necesitaría un tiempo mucho más largo y una serie de modificaciones en nuestra forma de vivir. No obstante, lo que esta situación evidencia es el poder de dominación que hemos ejercido como especie sobre la naturaleza.

Ante la presente pandemia varios se preguntan: ¿La crisis por el coronavirus es un signo de la crisis capitalista?

¿Es acaso un signo de una crisis de civilización? ¿La vida en las ciudades nos ha alejado de la propia naturaleza? ¿Hemos dejado de coevolucionar con ella y es ésta la razón de las altas afectaciones a la salud humana?

Interacción y cambio

La sociedad, la cultura, los ecosistemas, la Tierra, el sistema solar y el universo son producto de la interacción y el cambio de sus componentes. El origen de la vida y su evolución desde las primeras células hasta las aves y los mamíferos son historias de interacción y cambio, de integración en diferentes niveles de complejidad y del surgimiento de nuevas propiedades en cada nivel de agregación.

El origen y evolución del *homo sapiens*, su desarrollo sociocultural y sus impactos ambientales son también producto de la interacción y el cambio. Éstos, en diferentes niveles de complejidad, son rasgos comunes a los fenómenos naturales y sociales. No obstante, los procesos de cambio en la naturaleza se han producido en escala de tiempo geológico; esto es, en millones de años.

El *homo sapiens*, tal como lo conocemos ahora, con todas sus características modernas, existe desde hace 40,000 años, pero sólo en los últimos 300 su impacto en la naturaleza fue de mayor magnitud. Así, mientras que los cambios en los fenómenos naturales se producen en escalas de tiempo geológico, los provocados por los seres humanos se producen en lapsos de cientos o decenas de años, por lo que sus acciones se consideran una fuerza de gran calado que puede causar su propia extinción como especie.

Históricamente, la sociedad se ha apropiado de la naturaleza y la ha modificado. Asimismo, el medio natural ha sido fuente determinante en la cosmovisión e identidad de las culturas; esto es, los seres humanos hemos coevolucionado con la naturaleza desde que aparecimos en la Tierra. Sin embargo, por el poderío tecnológico y el crecimiento exponencial de nuestra especie, la hemos explotado más allá de los límites físicos que se habían valorado para no causar desequilibrios importantes. Así, el consumo desmesurado, el uso de energías no renovables y la explotación de los recursos han propiciado el cambio climático, con sus efectos negativos en los sistemas ecológicos. Se ha incrementado de manera intensa el dióxido de carbono en la atmósfera; hoy tenemos 414 partes por millón, contra las 280 partes de antes de la Revolución Industrial. Por el cambio climático, virus y bacterias ahora están en zonas donde antes no existían.

La pérdida de la biodiversidad, otro de los problemas ambientales más preocupantes a escala global, se relaciona con el cambio de uso del suelo para la producción alimentaria, que ha propiciado la deforestación y defaunación de selvas y bosques.

Toda esta problemática está en estrecha relación con un sistema que ya es insostenible, donde además del daño ecológico, tenemos daños a la salud humana. Vivimos en un planeta finito y no podemos pretender modificar las leyes de la naturaleza a nuestro antojo para ajustarlas a nuestras concepciones de desarrollo económico o financiero.

Desequilibrio de la naturaleza

Desde hace varios años se ha demandado con urgencia reducir la emisión de los gases de efecto invernadero para frenar el cambio climático que ya causa el sufrimiento de muchos seres humanos en el planeta. Este deterioro ambiental también puede acelerar la llegada de enfermedades como la que estamos sufriendo.

Si seguimos presionando los ecosistemas con un consumo exacerbado de recursos y territorio, podemos acercarnos a focos de contagio. También podemos perder la capacidad de resistir el embate de eventos climáticos extremos, así como nuestra capacidad de resiliencia como sociedad.

El deterioro ambiental afecta la función protectora de la biodiversidad, que gracias a efectos como la dilución de la carga vírica y la amortiguación del contagio, es una inmensa y eficaz barrera contra las zoonosis, como lo es el coronavirus que ahora nos aqueja.

El SARS-COV-2 ha coevolucionado largo tiempo con el murciélago, de forma que cuando éste se encuentra con buena salud, la carga vírica es mínima. Sin embargo, en estados de estrés, como cuando se le persigue, caza, manipula y consume, su sistema inmune se deprime y la carga vírica se dispara.

Algo similar ocurre con los demás hospedadores como el pangolín, objeto de caza y tráfico ilegal en muchas regiones de Asia y de África, debido a la demanda de su carne como alimento y a sus escamas de queratina (como nuestras uñas) destinadas a su uso en medicinas tradicionales orientales; son los mamíferos silvestres más cazados y traficados del mundo. Es en esa situación, con el hospedador

inmunodeprimido que ha alcanzado una alta carga vírica, cuando el virus resulta más peligroso para el ser humano.

Si a ello le agregamos que las sociedades humanas también hemos experimentado los problemas ambientales por muchos años, sobre todo en las ciudades, cuyas elevadas tasas de contaminación atmosférica tienen graves consecuencias para la salud —especialmente en poblaciones vulnerables—, se tiene un escenario propicio para la incidencia de enfermedades cardiorrespiratorias como COVID-19.

Un medio ambiente sano, con ecosistemas funcionales y ricos en especies, nos protege de una manera muy amplia ante infecciones por patógenos. La naturaleza, en general, nos ampara del polvo del desierto y reduce la contaminación atmosférica, dos vehículos que propagan los virus y que acentúan los síntomas respiratorios en los pacientes afectados por COVID-19.

Lo que resulta indiscutible es que son nuestros hábitos y comportamientos los que nos ponen en peligro. Porque detrás de esta pandemia se encuentra la destrucción del medio ambiente que hemos propiciado.

El confinamiento que ahora vivimos puede servirnos para aprender y reflexionar sobre cómo recuperaremos nuestra vida, cómo recuperaremos la normalidad. Pero ¿qué normalidad? ¿La que nos trajo aquí? ¿La normalidad que favorece pandemias, que destruye ecosistemas, que provoca el cambio climático, que genera desigualdad social y se basa en un modelo económico insostenible?

Esta emergencia sanitaria nos muestra con crudeza cuán sensibles somos a un medio natural que no funcione bien. La situación actual debería servir de ensayo para repensar una gran crisis que nos está esperando, que no cesa

y que es aún más compleja de gestionar y atajar que la del coronavirus: la del cambio climático y la pérdida de la biodiversidad.

En un mundo interrelacionado como el actual se ha incrementado la posibilidad de que aparezcan y se expandan rápidamente enfermedades infecciosas emergentes y reemergentes. Este riesgo tiene su origen en varios factores: la aparición de nuevos patógenos, la facilidad de circulación de personas y alimentos, el aumento de microorganismos resistentes a determinados medicamentos, los avances en el ámbito de la biotecnología, o la adquisición de agentes patógenos por parte de grupos terroristas.

Las consecuencias de la expansión de una enfermedad infecciosa pueden llegar a ser catastróficas y afectar no sólo la salud de la población, como ahora, sino la economía mundial y la estabilidad social del país en donde se producen.

Lo que tenemos que hacer es perfilar una nueva normalidad, más en equilibrio con la naturaleza y que sea sostenible en el tiempo; para ello, es necesario cuestionar profundamente el marco social y económico en el que nos movemos.

Tareas pendientes

Varias son las tareas que nos deja esta experiencia, que aún no termina y no sabemos cuándo vaya a finalizar, tal vez será parte de nuestra vida futura.

Si las causas de la aparición de esta enfermedad se pueden encontrar en la rápida urbanización, los cambios en los sistemas agropecuarios, el deterioro de los ecosistemas

y una mayor globalización del tráfico de animales y de sus productos, será necesario cambiar de fondo nuestras prácticas sociales, nuestro consumo y nuestra relación con la naturaleza, como se ha insistido desde hace varios años. Éste podría ser uno de los últimos avisos de la Tierra. Las universidades tienen un amplio panorama de acción en estos temas, pues es su deber formar y educar en una cultura de sustentabilidad que implique reorientar el consumo racional; adecuar la producción agropecuaria, y fortalecer y aplicar la normatividad ambiental para inhibir el tráfico y consumo de animales de vida silvestre, más ahora que se ha denunciado la sexta extinción.

El límite de la capacidad de soporte humano del ecosistema Tierra no puede seguir ampliándose; a este respecto, la disminución del crecimiento poblacional es uno de los retos más importantes que debe afrontar la humanidad. En este sentido, es fundamental la orientación de las universidades en su comunidad y en la sociedad sobre un crecimiento racional de la población.

El responsable de manera más amplia es el sistema social, la civilización, en la que una minoría de menos de 1 por ciento de la población explota por igual la naturaleza y a otros seres humanos. La desigualdad social y ambiental está en el centro de muchos problemas actuales. Las universidades tienen como misión disminuir esta desigualdad, por lo que deberán buscar formas eficaces para equilibrar la vida de las personas.

Se ha propuesto el paso de una economía de mercado a una economía social y solidaria; de grandes empresas y corporaciones a empresas familiares y cooperativas (fin de los monopolios); de gigantescos bancos a cajas colectivas de

ahorro; de energía fósil a energías renovables; de sistemas agroalimentarios industriales a sistemas agroecológicos; de organizaciones centralistas y verticales a organizaciones descentralizadas y horizontales (redes); de una democracia representativa a una participativa. Pero, sobre todo, construir desde lo local (comunidades, municipios, microrregiones) un poder ciudadano capaz de enfrentar y controlar las acciones suicidas del Estado y del capital. En suma, una (eco)política desde, con y para la vida. La búsqueda del bien común en los mecanismos de desarrollo social es una tarea inaplazable en que las universidades pueden apoyar fuertemente.

En todo este tiempo, la asistencia sanitaria a los enfermos ha funcionado, pero en condiciones heroicas. Tenemos que lograr que a partir de ahora funcione en condiciones soportables, no bordeando el colapso. La seguridad higiénica ambiental deberá ser una tarea en la que las universidades aporten, además de la formación del personal del sector salud, en la generación de medicinas y tecnologías de cuidado y autocuidado, necesarias para procurar la salud.

Aprender que lo realmente importante es planificar, ampliar sustancialmente y desplegar rápido las armas de la salud pública, además de orientarlas a la supresión de los contagios y no sólo a su mitigación, ahora y en el futuro. En suma, estar preparados por si llega una nueva ola de contagios. En el medio plazo, parece inaplazable la reforma de nuestro sistema nacional de salud, con solvencia técnica y sabiduría política. Nuestros profesionales de la salud se merecen algo más que aplausos y un aumento de sueldo.

Las universidades del país deben ser partícipes de estas grandes tareas que nos ha dejado la experiencia de la pan-

demia de COVID-19. No sólo los estudiantes del sector salud, sino la universidad en su conjunto; ya que el problema es global, así debe buscarse su solución.

Referencias

- CEPAL (2020), “Informe especial COVID-19”, folleto núm. 2, 21 de abril.
- Fisk, R. (2020), “¿Quién es el verdadero enemigo?”, *La Jornada*, 25 de abril.
- Zibechi, R. (2020), “Pandemia y colapso civilizatorio”, *La jornada*, 10 de abril.